

por la virginidad y por la fe la jóven Potamiana, esclava cristiana. Su amo, ciego de brutal amor por su rara hermosura, no la pudo hacer consentir en sus infames deseos. La entregó al gobernador de Alejandría, Aquila, esperando que la vista de los tormentos y las amenazas de muerte harían doblegar la virtuosa constancia de Potamiana; pero habiéndola hallado incontrastable, la hizo poner en tormento. Agotaron en vano los verdugos sus vigorosos esfuerzos contra esta noble víctima. El gobernador mandó, por último, poner sobre un inmenso fuego una caldera llena de pez, y cuando estaba hirviendo, dijo á Potamiana: « Obedece á tu señor, ó te hago » zambullir viva en esta caldera hirviendo. — No permita » Dios, respondió la santa, que haya un juez bastante inicuo » para condenarme á tan criminal accion. » No produjeron mayor efecto otras amenazas de Aquila, por lo cual mandó este fuese desnudada y echada así en la caldera de pez. La mártir de la virginidad tenía derecho á rechazar el ultraje que se había hecho á su pudor; y obtuvo el que fuese echada en la caldera ardiente con sus vestidos. El gobernador la entregó á Basílides, uno de sus guardas, para que presidiese al acto del suplicio. El soldado sintió su corazón sobrado conmovido de una gracia sobrenatural al acercarse al cuerpo de la mártir. Apartaba al populacho que acudía á embarazar el paso de Potamiana para denostar su virtud. A punto de ser arrojada en la caldera, le prometió la santa que intercedería por él para con el Señor, asegurándole que muy pronto experimentaría los efectos de su reconocimiento. Cuando hubo ella dejado de hablar, le metieron desde luego los piés en la pez hirviendo, y la fueron sumergiendo poco á poco hasta la cabeza. Al mismo tiempo estaban quemando viva á su madre santa Marcela.

Pocos dias despues, los soldados, compañeros de Basílides, le quisieron obligar á que jurase con ellos por los dioses del imperio. Basílides se negó redondamente, diciendo que era cristiano. Los soldados creyeron desde luego que hablaba de burlas; mas persuadidos despues de la sinceridad de sus palabras,

le condujeron al gobernador, quien le hizo prender. Los cristianos, admirados de una conversion tan repentina, vinieron á visitar al nuevo hermano que les había dado el Señor. « Se » me ha aparecido Potamiana, dijo, tres dias despues de su » martirio: me ha puesto una corona en la cabeza, diciéndome » que había alcanzado del Señor gracia para mí, y que dentro » de poco me llamaría á su gloria. » Fué bautizado inmediatamente, y al dia siguiente ofreciendo su cuello á la segur del licitor, Dios se lo llevó á la vida eterna.

8. La sangre de los mártires, desarrollando una fuerza secreta de conversion, era verdadera semilla de cristianos. Tal es la expresion de Tertuliano, quien había experimentado en sí mismo esta maravillosa atraccion. Quinto Septimio Florente Tertuliano había nacido en Cartago, el año 160, de un centurion de tropas proconsulares. Estudió todas las ciencias, y todas con éxito felicísimo. Su estilo vivo, conciso, animado, enérgico, rico de metáforas, de nuevos pensamientos, de expresiones felicísimamente atrevidas, hacía revivir el estilo enérgico y fulminante en la lengua de Tácito. Si la lógica quería escoger una elocuencia, tenía que adoptar la de Tertuliano. En sus escritos cada palabra es una sentencia, cada argumento una victoria. Nada hubiera faltado á su gloria si hubiera sabido hermanar su inmenso ingenio de un sabio con la humildad del cristiano.

Adepto del paganismo por las preocupaciones de nacimiento y educacion, no pudo resistir á la profunda impresion que hacía en su alma el espectáculo de la constancia invencible de los mártires. Abrazó la fe de Jesucristo, fué sacerdote, y poco tiempo despues dirigió á los magistrados la apología mas elegante que se hubiese escrito hasta entonces.

« Lo que la religion cristiana os pide, dice, no es una » gracia; porque no se extraña de la suerte que le ha cabido. » Extranjera á este mundo, sabe que entre extraños siempre se » encuentran enemigos. Su origen, patria, esperanzas, habi- » tacion, crédito, gloria, están en el cielo. Lo que desea es » que no se la condene sin conocerla. — La prueba de que no

» se la conoce es que cesando de ignorarla se cesa de aborrecerla : lo que nos da cristianos á miles es el conocimiento de nuestra fe ; y ved porqué llenamos ya vuestras ciudades, vuestras islas, vuestras aldeas, vuestros caseríos, y vuestros campos mismos de una muchedumbre que os aterra ; y ni aun siquiera sospechais que en esta fuerza universal de atraccion puede haber algun bien que se os escape !

» Tiembla un criminal cuando es descubierto, niega cuando se le pregunta, ó no confiesa sino confuso y lloroso. Un cristiano no se avergüenza jamás ante los tribunales, ni se arrepiente sino de no haber estado antes y siempre ante ellos. ¡Bizarra, extraña especie de crimen que no imprime ninguno de sus caractéres, temor, confusion, subterfugios, remordimiento, pesar, nada, nada!!!

» Procedeis contra nosotros por singular trastorno de toda justicia. Vosotros poneis á los criminales en el tormento para hacerles confesar su crimen ; y á los cristianos para obligarles á que lo nieguen. Que exclame un hombre : *Yo soy cristiano*, os dice lo que es ; y vosotros le aplicais el tormento para hacerle decir lo que no es. Contradiccion tal os debe hacer temer no haya una fuerza secreta y desconocida que os impele á violar así todas las formas de la equidad y de las leyes. Creéis vosotros que un cristiano es reo de todos los crímenes, que es enemigo de los dioses, de los emperadores, de las leyes, de las costumbres, de la naturaleza entera : y sin embargo le forzais á negarlo para absolverle !

» Se dice que tenemos la barbarie de degollar en nuestras asambleas un niño cuyas carnes comemos, y que á este banquete de Thyeste se siguen infames festines. Se dice, y despues de tanto tiempo como há que se repite, ni siquiera se os ha ocurrido hacer averiguaciones para cercioraros del hecho. O verificad estas acusaciones si las creéis justas, ó no las creáis tales, si no las habeis comprobado. Se anda en busca de nosotros todos los dias, se nos sorprende en medio de nuestras reuniones : ¿y hase encontrado jamás en ellas nada semejante ?

» Pueblo sediento de sangre de cristianos, jueces tan íntegros, magistrados tan rígidos para con nosotros, ¿qué responderiais si os echase yo en cara que sois vosotros mismos los asesinos de vuestros propios hijos ? Los exponeis por millares en las calles, en las plazas públicas, á los perros que los devoran ; os deshaceis de ellos ahogándolos ó dejándolos morir de hambre ; fuera muerte muy suave para esas tiernas víctimas morir por el acero. El homicidio es un crimen desconocido entre los cristianos ; y á nuestros ojos es homicidio impedir el nacer. Pero vosotros, por do quiera derramais el fruto de vuestras bacanales. Si os hubierais fijado en esos desórdenes que se cometen entre vosotros, os hubierais penetrado muy bien de que no existen entre los cristianos. Pero esas son dos especies de ceguera que frecuentemente van de consuno : no ver lo que es, é imaginar lo que no es. »

Fuera necesario citar entera esta defensa tan elocuente y prodigiosa. ¡Qué espectáculo no ofrecia al mundo este atleta, que se levantaba erguido y solo, para defender la verdad, y cuya voz resonaba mas alto que las griterías del anfiteatro, que las amenazas de los tiranos, que el estrépito de las cadenas ! Nunca hasta entonces se habia deslindado de un modo mas neto la lucha de los dos poderes que imperan en el mundo : la lucha de la fuerza contra la verdad. La lógica de Tertuliano no detuvo en su marcha la persecucion, y sin embargo en último análisis la victoria se declaró por aquella. Bastaba por entonces que en el terreno de la discusion, donde se habia colocado el doctor cristiano, hubiese forzado al paganismo y á la filosofía á servir de pedestal al trono de Cristo. Este nuevo carácter de la controversia religiosa aparece en los otros escritos de Tertuliano publicados casi al mismo tiempo que su *Apologético*, partos todos de una maravillosa fecundidad. Los tratados : *Ad nationes libri duo* ; *De testimonio animæ* ; *Adversus Judeos* ; *Adversus Hermogenem*, *Valentinianos*, *Marcionem* ; *Adversus Praxeam* ; *De carne Christi* ; *De resurrectione carnis*, se sucedieron casi sin interrupcion en menos de cinco

años. Apremiado por los tan numerosos adversarios á quienes combatía á su vez por una parte, y por otra, por el tiempo que parecia iba á faltar á su infatigable celo, Tertuliano quiso reunir juntos todos los enemigos de la Iglesia, todas las herejías de su tiempo y de los siglos venideros, para oponer á sus pretensiones una excepcion perentoria y universal. Realizó esta idea en el tratado especial *De præscriptionibus*, la obra mas importante suya, superior al mismo *Apologético* (208). El argumento de que se vale habia sido ya puesto en práctica por san Ireneo en su libro *Adversus hæreses*. Pero Tertuliano lo hizo general. Dice á todos los jefes de sectas: « Sois novadores; vosotros enseñais doctrinas contrarias á las que hemos recibido nosotros de los Apóstoles. ¿Dónde teneis títulos contra nuestra posesion? » *Olim possideo, prior possideo*. Las obras de moral de Tertuliano no son ni menos importantes ni menos numerosas. Se cuentan hasta doce, escritas desde el año 198 al 204. En la última, intitulada *De patientia*, se nota este pasaje que parecia profetizar su propia caída lastimera: « Muy temerariamente, lo confieso, me atrevo á escribir sobre la paciencia, yo, incapaz de dar ejemplo de ella. Sin embargo será para mí una suerte de consuelo el entretenerme á tratar de una virtud de que no me es dado gozar: semejante á esos enfermos que no cesan de hacer elogio de la salud que no tienen. La virtud de la paciencia está de tal modo prepuesta á las cosas de Dios, que es imposible cumplir precepto alguno, ni hacer ninguna obra meritoria sin ella. » Hay en estas palabras como un presentimiento del extremo de violencia á que un dia podria conducirle su carácter fuerte. Quince años hacia que Tertuliano ilustraba á la Iglesia con sus trabajos como escritor, y que la edificaba como sacerdote con sus virtudes sacerdotales. Tenia á la sazón cuarenta y cinco años; su talento estaba ya maduro para la lucha; su palabra, tan valiente y pintoresca, habia tomado cierto matiz de brillo, debido á una no interrumpida serie de triunfos. ¡Cuánto no prometia pues una ancianidad coronada de auréola tan majestuosa! Pero contrareestado y herido su orgullo, derrocaron para siempre su

brillante destino la soberbia no reprimida y la ardiente cólera de su carácter. Algunos bochornos de parte de ciertos clérigos inferiores ó envidiosos, injurias personales de que, sin detallar el cómo, nos da cuenta san Jerónimo, menudencias todas que hubiera debido desdeñar un talento colocado á la elevacion donde le habian encumbrado sus escritos, fueron la primera causa de esta funesta escision. Un decreto por el cual ordenaba el papa san Zeferino admitir á la penitencia á los adúlteros arrepentidos pareció á Tertuliano una relajacion peligrosa de doctrina: de aquí la ocasion de principiar su cisma. Sin guardar miramiento alguno, dirigió sus ataques contra esta roca incontrastable é inmutable de la Iglesia que debia de ver quebrantados á sus piés tantos orgullos impotentes. ¡Caída lamentable! Tertuliano, el autor del *Apologético* y del *Tratado de las prescripciones*, se volvió montanista. Priscila y Maximila eran, á sus ojos, profetisas inspiradas, cuya santidad y milagros no temió encomiar públicamente. Mas sobre todo se estrelló contra la autoridad del soberano Pontífice. « He sabido, » dice, que se ha promulgado un decreto importantísimo. El obispo de los obispos dice: Yo perdono los pecados de adulterio y fornicacion á los que hayan cumplido su penitencia. Semejante decreto debia haberse leído no en las iglesias sino en las guaridas del crimen. » La cuestion de las segundas nupcias es tratada por Tertuliano con el mismo menosprecio de la tradicion y de la autoridad. La doctrina constante de la Iglesia las miraba como legítimas. Si los primitivos cristianos por deseo de un estado de vida mas perfecto se abstenian de ellas la mayor parte, ninguno pensaba en vituperarlas como contrarias á la ley de Dios. Tertuliano pretendia probar que así como Cristo habia abolido el *libellum repudii*, otorgado á los Judíos *ob duritiam cordis*, igualmente el Espíritu Santo por boca de Montano y sus dos profetisas habia abolido las segundas nupcias. ¡Cómo! ¡Montano y sus dos visionarias, legisladores de la Iglesia por igual título que Jesucristo! Semejante absurdo no era capaz de detener en su desmoronamiento á un genio caído: continuó en la via inexorable de rigorismo

en que se había empeñado. Se busca en vano, en las páginas donde derrama la hiel de que estaba llena su alma contra la autoridad de la Iglesia y de su cabeza, algún indicio de vuelta ó de arrepentimiento. Pasóse su vejez en este infaustísimo endurecimiento, que era perpetuo insulto á la gloria de su juventud. La antigüedad nos dice, es verdad, que mas tarde se separó de los Montanistas, mas solo fué para formar una secta aparte, que intituló los *Tertulianistas*, y cuyos últimos restos redujo á la unidad católica san Agustín. Se cree que Tertuliano murió sobre el año 245.

9. La herejía de Montano, reforzada con el nombre de Tertuliano, hacia en Roma y á vista del papa san Zeferino conquistas lamentables. El santo pontífice pronunció una sentencia de excomunion contra los sectarios de los *nuevos profetas*, nombre que se daba á los Montanistas. Bajo la direccion del Papa varios doctores ortodoxos se esforzaron en refutar esta herejía. Hubo una conferencia muy célebre hácia el año 212 entre el católico Gayo y el montanista Proclo. La conversion de este fué el premio del saber y de la elocuencia de Gayo, que escribió la relacion de esta controversia. Esta obra ha desaparecido.

10. Mientras que el Occidente entero estaba suspenso al ruido de la caída de Tertuliano, el Oriente prestaba oído pacífico á la enseñanza de Orígenes. Este jóven doctor habia cautivado la admiracion del mundo romano: aun los politeistas mismos tributaban homenaje á su ciencia y talentos. Los filosofos paganos le consultaban, le dedicaban sus obras ó citaban su autoridad en sus escritos. En cierto dia entró Orígenes en la escuela de Plotino á tiempo que este explicaba: Plotino se detuvo por respeto á Orígenes, y no volvió á tomar la palabra hasta que Orígenes le suplicó continuara; lo que verificó Plotino, haciendo el mas pomposo elogio de Orígenes ante todo su auditorio. El celo, vehemencia y sencillez iban en Orígenes á la par que su ingenio. Se sabe el exceso á que le condujo su conciencia timorata y la interpretacion sobrado literal y absoluta que dió á un pasaje alegórico de la Escritura.

Esta accion le suscitó mas tarde algunas persecuciones de que hablaremos. Por aquel entonces, Demetrio, patriarca de Alejandría, no vió en aquella accion sino un exagerado fervor de un jóven: le dió á conocer su falta; Orígenes la confesó con humildad y la reprobó públicamente en sus homilias sobre el Evangelio. El vivo deseo de ver á Roma, la Iglesia principal (*In Matth., Tract. 7*, sub fine. ORIGENIS opera), le movió á ir á la capital cristiana (212). Fácil es conjeturar la acogida que debió de hacer san Zeferino á un hombre cuya reputacion no tenia igual en la Iglesia despues de la caída de Tertuliano. En esta época se ocupaba Orígenes en un trabajo gigantesco sobre la sagrada Escritura. Su viaje á Roma, como los que mas tarde emprendió á las diversas comarcas del mundo conocido, tendrian, es muy de presumir, por objeto su gran proyecto. Llamándole la atencion las numerosas variantes que ofrecian las diferentes ediciones de los libros sagrados, trató de refundirlas todas en una inmensa unidad, reuniéndolas en una sola edicion que de ese modo seria la Biblia universal. De regreso á Alejandría, puso seriamente manos á la obra y comenzó este trabajo que duró veinte años. Para llevar de frente estas ocupaciones y las lecciones de teología, sagrada Escritura y filosofia que daba á la muchedumbre de sus discipulos, dividió sus tareas, y encargó á Heraclas, humanista y filósofo célebre, el enseñar á los catecúmenos; y en efecto tomó este á su cargo dar á los neófitos las lecciones é instrucciones elementales. Terminado este arreglo, Orígenes se aplicó al estudio del hebreo con la misma pasion que ponía en todos los trabajos de la inteligencia. Cuando hubo desentrañado las dificultades de este idioma, tan extraño á la lengua griega, publicó su grande edicion de la Escritura á ocho columnas, que tomó el nombre de *Octaplas*. La primera columna contiene el texto hebreo en letras hebraicas; la segunda el mismo texto en letras griegas, en favor de los que entendian el hebreo, pero que no sabian leerlo; la tercera columna contenia la version de Aquila; la cuarta, la de Símaco; la quinta, la de los Setenta; la sexta, la de Theodocion; la séptima y octava dos

versiones griegas sin nombre de autores, que Orígenes halló, una en Jericó, otra en Nicópolis del Epiro. Las *Hexaplas* no contenian estas dos últimas versiones, y la obra solo tenia seis columnas paralelas. Queriendo Orígenes poner esta obra al alcance de mayor número de lectores, hizo otra edición que solo abrazaba las cuatro versiones mas importantes de Aquila, Simaco, los Setenta y Theodocion. Estos ejemplares se llamaron *Tetraplas*. Se ve que Orígenes habia tenido cuidado de poner siempre los Setenta en medio de los demás intérpretes, como término de comparacion entre ellos. El principal objeto de Orígenes era, efectivamente, completar la version de los Setenta, pero tomándola por base de su trabajo; porque entonces era la version autorizada por la Iglesia católica, que la mantenía como version canónica á pesar de las reclamaciones de los Samaritanos y Judíos. Orígenes anota escrupulosamente todas las adiciones que creyó deber hacer. Para ello se vale de los signos siguientes: 1°. Lo que falta en los Setenta está marcado con un asterisco. Estas lagunas van llenadas, con preferencia, con la version de Theodocion; á defecto de esta, con la de Aquila; y en fin, á defecto de ambas, con la de Simaco. 2°. Otro signo llamado *Obeios* marca las palabras ó frases de los Setenta que faltan en el original hebreo. Desde entonces hubo dos suertes de ejemplares de los Setenta; los que contenian el texto primitivo, y los del texto colacionado por Orígenes. Se llaman los primeros *editio vulgaris*; los otros, *editio hexaplaris*. Durante mas de cincuenta años, el ejemplar original de las *Octaplas* quedó enterrado en un rincón de la ciudad de Tiro, donde murió Orígenes, probablemente porque los gastos de copia de una obra en cuarenta ó cincuenta volúmenes excedían á los recursos de un particular. Este trabajo hubiera perecido si no lo hubiese reproducido Eusebio y colocado en la biblioteca de Pánfilo el Mártir, en Cesarea.

41. Al propio tiempo que Orígenes ilustraba la Iglesia de Alejandria con sus trabajos, san Narciso, obispo de Jerusalem, edificaba su diócesis con el espectáculo de sus virtudes. Este venerable anciano habia recibido de Dios el don de milagros.

Eusebio de Cesarea cuenta que en la noche de la vigilia de Pascua vino á faltar á los diáconos aceite para alumbrar las lámparas de la iglesia. San Narciso les mandó sacar agua de un pozo contiguo y llevársela. Despues de haber bendecido esta agua la hizo echar en las lámparas, en donde se volvió aceite. No quedó empero su santidad al abrigo de la calumnia; ó mas bien, su celo apostólico le mereció ser blanco de los tiros de los malvados. Algunos cristianos indignos de este nombre, no pudiendo sobrellevar la severidad con que el piadoso obispo reprendía sus desórdenes, conspiraron contra él y le acusaron de crímenes atroces. Atestiguaron su declaracion con falsos juramentos, acompañados de imprecaciones. « Si no digo la verdad, dijo el uno, perezca yo en las llamas. » « Cójame una enfermedad horrible si no es cierto, » dijo un segundo. « Pierda la vista yo, » dijo el tercero. Narciso no queriendo ejercer mas un ministerio comprometido por una sospecha, se esquivó á las lágrimas y súplicas de los fieles. Aspiraba desde mucho tiempo habia á vivir en la soledad; se retiró á un desierto, y no se oyó mas hablar de él en muchos años. Entretanto los calumniadores recibieron el castigo de su crimen. Prendió fuego á la casa del primero, y pereció él con toda su familia: un mal desconocido se llevó en poco al sepulcro al segundo; todo su cuerpo era una llaga infecta, y espiró con horribles torturas. El tercero, en fin, atemorizado de la venganza divina, confesó públicamente su pecado. Y tuvo tanto pesar de ello, que llorando continuamente perdió la vista. Tres obispos se habian sucedido en la silla de Jerusalem, Dio, Germamon y Gordio, cuando Narciso, de edad de ciento y diez años, reapareció en su ciudad episcopal. Se le suplicó volviese á tomar el cargo de su rebaño: consintió á pesar suyo por motivo de su avanzada edad.

42. Dios le deparó muy pronto un coadjutor digno de suplirle en sus eminentes funciones. En una vision, le mandó el Señor que escogiera por sucesor al viajero que encontrase en la mañana del dia siguiente en las puertas de la ciudad. Algunos fieles, que habian tenido la misma revelacion, salieron con